

## Una de dos

Conducir el abarrotado autobús que llevaba a la humanidad al futuro nunca había sido fácil, pero últimamente era simplemente imposible. Se acercaba la bifurcación y no hacíamos más que bambolearnos.

Por un lado la carretera conducía a una ciudad fenecida. Un mar que aún recordaba ser glaciar había ascendido hasta lamer la cuneta y su agua pútrida dejaba plásticos con cada vaivén. La otra cuneta se la había comido un desierto que aún recordaba haber sido selva y que con un hambre voraz pronto engulliría el resto de la carretera. Cuanto más lejos se dirigía la mirada, más espejismos creaba el calor, haciendo brillar futuros dorados en el horizonte. Tras cada espejismo había un oasis de petróleo y tras el oasis, nada.

Allí la carretera se hundía en un precipicio interminable. El asfalto daba paso al humo y el fúnebre horizonte no permitía ignorar la tormenta que rugía tanto como los coches que allí se dirigían.

Quien lo ha aprendido de pequeño, sabe que hay que mirar a ambos lados de la carretera antes de cruzar. Miremos al otro lado de la bifurcación.

Amplias aceras convivían con el carril verde. El sol se insinuaba en el suelo al filtrarse entre las hojas de los árboles que enmarcaban toda la avenida. No muy lejos la niebla impedía ver con claridad la siguiente parada. Quizá la niebla fuera culpa de tanto vehículo de hidrógeno; pero no era nada que las

antinieblas no arreglasen. Y las luces de quienes ya se habían aventurado por allí dejaban adivinar que aquello al menos no llevaba a un abrupto final.

El problema era que en nuestro autobús todo pasajero que no era un feliz ignorante, había tomado la cabina del conductor. Todos tenían una mano en el volante, o un pie en el acelerador, o en el freno y había un tipo pisando los dedos que habían intentado tirar del freno de mano. Nadie se atrevía a tocar La Palanca del Cambio y hacía al menos tres paradas que llevábamos las luces de emergencia puestas.

Por si fuera poco, la radio escupía instrucciones contradictorias a todo volumen, pero ese detalle se hacía inaudible entre los gritos de unos y otros.

Y un gilipollas estaba empeñado en darle al claxon.

Al igual que tú, espero sobrevivir al derrape que nos espera y volver dentro de unos años para contar en qué dirección fuimos.

Por ahora, el momento de la bifurcación se acerca.